

María Ángeles Pastor Alonso



María Ángeles PASTOR ALONSO (Huelva, 1962). En esta provincia ha ejercido casi toda su labor docente. Doctora en Filología Hispánica y Licenciada en Periodismo por la Universidad de Sevilla, actualmente imparte clases de Lengua y Literatura en el Instituto Provincial de Educación Permanente de Huelva y es profesora asociada de la Universidad de Huelva. Su labor investigadora se ha centrado en la literatura hispanoamericana, particularmente la nicaragüense (*La poesía cósmica de Ernesto Cardenal*, 1999). Su otra línea de trabajo se dirige a la comunicación para el desarrollo, con varios libros y artículos (*Una vida en dos orillas*, 2008; *Señales de Humo*, 2012). Colabora habitualmente en la prensa y radio local.

Un poeta ante el cosmos: la presencia de lo científico en la obra de Cardenal

Acompañar al poeta Ernesto Cardenal a una librería, o pasear junto a él por las casetas de una Feria del Libro, es una experiencia no solo gratificante sino también inesperada. Los libreros lo reconocen, se afanan en ser amables y ofrecerle alguna primicia de su agrado. ¿Tal vez una antología de poetas jóvenes, quizás una novela de autor conocido o una recopilación de ensayos? ¿Cuáles son sus preferencias literarias, Ernesto? “No, no, quiero ver libros de ciencia”, responde firmemente el nicaragüense. Con disimulada perplejidad se disculpan por la ausencia de novedades, o bien le indican dónde puede encontrar lo que busca. Y allá se queda, de pie junto a los anaqueles, escudriñando entre los volúmenes de astronomía o de física. El tiempo se detiene y este hombre de indumentaria juvenil, con tanta historia encorvando levemente su espalda, no parece estar cansado. Cuando encuentra algo que le interesa lo aparta y continúa absorto en su búsqueda.

Quien conoce a Cardenal sabe que esa curiosidad es antigua. Se remonta a sus años juveniles en Managua, los tiempos en que escribía sus epigramas de amor y de denuncia contra el dictador. Y ha terminado siendo un hilo conductor, uno de los más representativos, de su mensaje poético. En la producción cardenaliana puede apreciarse muy pronto el gusto por el lenguaje y los datos extraídos del mundo de la ciencia, insertados a manera de contrapunto, como un marco objetivo de sus poemas. El amor perdido de Ileana, por ejemplo, estaba más lejos que la galaxia de Andrómeda, desde donde otros ojos miraban a este joven desdichado. Fue seguramente la experiencia religiosa la que terminó de sensibilizar al poeta con esa dimensión cósmica, desde los espacios ulteriores del universo a sus compuestos microscópicos, percibidos como reflejos de la presencia del Creador; quizás por ello sus célebres *Salmos* están repletos de referencias científicas, o se proyectan hacia el cosmos, en toda su infinita inmensidad, como medio apropiado para una oración liberadora.

Con el tiempo la inspiración científica en la poesía de Cardenal fue creciendo en frecuencia y densidad, hasta convertirse en un tema recurrente, y eclosiona finalmente en *Cántico Cósmico* (1989). En este magno proyecto, y en los libros de poemas y ensayos que siguen su estela -*Versos del Pluriverso* (2005), *Este mundo y otro* (2011)-, el propósito desborda ya esa inclinación por descubrir lo poético en la terminología de la ciencia. Aquellas imágenes con rigurosa base científica procedían de las lecturas divulgativas sobre el tema a las que el poeta era aficionado, de forma que con el paso de los años logró reunir toda una biblioteca sobre astronomía, física, cosmología y otras disciplinas afines. Era solo cuestión de tiempo, de maduración de inquietudes, que decidiera componer un poema sobre el universo. Pero la futura obra cósmica, de unas noventa o cien páginas en su proyecto inicial, fue creciendo espontáneamente, como ha confesado el escritor, “por evolución, tomando forma mientras se iba haciendo, naciendo...”. Cardenal se dio cuenta de que para equilibrar el peso de lo científico era necesario incluir otros materiales. La gestación de la obra guarda, pues, simbólica analogía con el proceso de creación del Universo, por expansión y acumulación de partículas más pequeñas, de modo que el todo final las unifica pero no las anula. Un poema compuesto de poemas, separados y unidos, dijo el maestro Coronel Urtecho; un conjunto de planetas y satélites orbitando en una galaxia poética.

La trama científica de los poemarios citados se urde gracias a una impresionante cantidad de hilos. La magnitud de datos, nombres y teorías científicas puede acaso asustar a los no iniciados, ser un obstáculo más que un aliciente para sumergirse en la lectura. Pero Cardenal no comparece ante su público como un erudito en la materia, sino como el hombre que comparte una pasión: la atracción por los desafíos intelectuales que brinda el sugestivo mundo de la ciencia. Su interés no es el del técnico, sino el del aficionado que se aventura a desbrozar el camino. El resultado es que facilita los, a menudo, incomprensibles descubrimientos y teorías científicas, ya que ofrece lo conquistado personalmente: como él lo ha entendido y asimilado, así nos lo hace llegar.

Este propósito divulgativo no implica que a Cardenal no le interese ser riguroso, incluso acreditar su “versión poética” ante la gente de ciencia. Ha contado muchas veces lo significativa y emocionante que fue para él la invitación que recibió por parte de los profesores del Instituto de Astrofísica Max Planck de Munich, en 1991, para debatir sobre estos temas presentes en su obra. Probablemente para los expertos también resulta provocadora y sugerente la visión del poeta, un hallazgo que se añade al valor intrínsecamente literario de su obra.

Pero, ¿cómo plantea Cardenal tal cúmulo de informaciones científicas sin caer en el prosaísmo, en la aridez carente de emoción poética? O de otra forma, ¿cómo consigue fundir poesía y ciencia? En realidad la pregunta, salvando ciertos matices, es también pertinente si se plantea en relación a otros temas. Una lectura, aunque superficial, de su obra impacta por la variedad y amplitud de las interpolaciones que se incluyen, extraídas de materiales diversos: textos de poetas muy dispares, obras históricas, antropológicas, filosóficas o teológicas, y la variedad abrumadora de disciplinas científicas ya aludida. A la crítica (a una parte de la crítica) le sigue causando sorpresa que en este autor el discurso típico de la poesía se altere y sustituya por discursos de disciplinas no literarias.

En este sentido hay que recordar que Cardenal se vale de estructuras no lineales, de yuxtaposición o contraste, como técnica básica de construcción poética. Suele utilizarse a menudo el término de “collage”, a la manera de Pound, para denominar genéricamente estos recursos: son aspectos estilísticos que hacen sus poemas mucho más difíciles de lo que sugeriría a primera vista un lenguaje tan esencial, tan sencillo como el que él suele emplear.

Aquí nos asomamos ya a la íntima contextura de la creación poética, a la forma personal en que el artista moldea sus materiales. Tales procedimientos hacen de la obra de Cardenal algo proteico y dinámico, proporcionan un reto especial al lector, cuya colaboración para construir el poema es indispensable. No solo a nivel formal: también se le otorga la responsabilidad de conferirle valor ético a lo que estos versos expresan. La lectura deviene, en último término, un acto de conciencia.

Esta afirmación, que es recurrente cuando se habla de la poesía política de este autor, sirve igualmente para sus escritos de carácter científico. El arte, la poesía, ha sido siempre un refugio ante la desolación. Para Cardenal, también la ciencia, y más la ciencia revestida de poesía: “Ésta mi épica astrofísica solo tiene un sentido: / proclamar que el universo tiene sentido”. Desde los enigmas que un hombre de nuestro tiempo indaga en los libros de ciencia, curioseando silencioso entre los anaqueles, podemos acompañarlo hasta participar nosotros mismos de ese consuelo que el poeta busca, para él y para todos. “El propósito de mi Cántico es dar consuelo. / También para mí mismo ese consuelo. / Tal vez más.”

Sí, tal vez más.

